

CAPÍTULO I.

LOS FILÓSOFOS Y EL CRISTIANISMO.

§ I. Descartes.

I.

Uno de los más nobles pensadores del siglo XVIII, Condorcet, dice en un discurso sobre las ciencias matemáticas, pronunciado en 1786, que «Descartes aseguró para siempre á la razon sus derechos y su independencia.» Algunos años más tarde, la Convencion nacional decretó, siguiendo el dictámen de Chénier, que el filósofo merecía los honores debidos á los grandes hombres, y que su cuerpo fuese trasportado al Panteon frances. El dictámen justificó el proyecto diciendo «que una nacion hecha libre al hacerse filósofa, debía una elevada justicia al hombre prodigioso *que enseñó á la humanidad á examinar y no á creer.*» Jamas se ha hecho un elogio más magnífico de un libre pensador. ¿Lo merece Descartes? En el terreno de la filosofía pura, sí; no, en la aplicacion de la filosofía á la religion. Como filósofo, puede repetirse con Hegel que Descartes ha inaugurado el reinado del pensamiento moderno, y saludarle como á uno de los héroes de la humanidad (1), pero no es cierto que *enseñó á los hombres á examinar en lugar de creer*; esta gloria pertenece á su discípulo Espinosa: el maestro de los libres pensadores es el pensador holandés. Descartes humilló, por el contrario, la filosofía ante la religion cuanto estuvo en su mano.

(1) HEGEL, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 328, 331.

La filosofía debe ruborizarse al leer la Epístola con que Descartes dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona: «Si os dignais tomaros tanto cuidado por este escrito que querais primeramente corregirlo» (1). Es un filósofo que habla á teólogos, y parece que es un niño que teme la férula si no acierta en alguna respuesta de su catecismo. La filosofía, ó es el libre pensamiento ó no es nada; ahora bien, ¿la libertad de pensar se hermana con la censura? ¡Pues hé aquí un filósofo que se anticipa á la censura, que la solicita como un favor! Al final de sus *Principios*, Descartes declara formalmente «que no afirma nada, sino que somete todo cuanto ha dicho á la autoridad de la Iglesia católica» (2). Un historiador frances dice que el filósofo trató de conseguir el favor de los jesuitas; deberia decir que mendigó su apoyo; es en efecto humilde como un mendigo, cuando escribe «que la Compañía sola puede más que el resto del mundo para hacer valer su filosofía ó para despreciarla», cuando protesta que hará todo cuanto le sea posible para merecer la aprobacion de los reverendos padres (3). Es decir, que el destino de la filosofía puede depender de la buena ó mala voluntad de una órden religiosa, que por su esencia es hostil á todo libre pensamiento, puesto que es el espíritu de autoridad encarnado, y que hace del hombre un cadáver! Esta humillacion de la filosofía ante la autoridad de los jesuitas y de los doctores de la Sorbona impacientó, aún en el siglo XVII, á un obispo, á quien no se echará en cara el carecer de respeto hácia la Iglesia. «Descartes, dice Bossuet, ha temido siempre ser censurado por la Iglesia, y por esto se le ve tomar precauciones que llegaban hasta el exceso» (4). Bossuet no pronuncia la palabra pusilanimidad, pero está en sus labios. Sí, preciso es decirlo, Descartes ha llevado la sumision á la autoridad hasta la cobardía.

Apresurémonos á añadir que el ilustre filósofo iba de buena fe, en el sentido de que se creia perfectamente ortodoxo. Un teólogo reformado, discípulo de Descartes, inducia á su maestro á *examinar* los fundamentos de la religion: ¿qué respondió aquel á quien

(1) *Obras de DESCARTES*, t. I, 221. (Edic. de COUSIN.)

(2) *DESCARTES*, t. III, p. 525.

(3) BOULLIER, *Historia de la Filosofía cartesiana*, t. I, p. 46.

(4) BOSSUET, *Carta de 24 de Marzo de 1701*. (*Obras*, t. XVII, p. 474.)

se atribuye la gloria de haber reemplazado la fe por el *examen*? «Yo tengo la religion de mi nodriza, yo tengo la religion del rey» (1). ¿Para qué *examinar* cuando uno es católico? Esta buena madre, la Iglesia, dispensa á sus hijos de tan rudo trabajo; no tienen necesidad de pensar, piensa por ellos, y lo que piensa es la verdad. Descartes escribe «que cree firmemente en la infalibilidad de la Iglesia» (2). Desde ese momento todo queda dicho; hay que repetir con Tertuliano: ¿para qué sirve Platon despues de la Escritura? ¿Qué importa que los dogmas del catolicismo sean absurdos, empezando por la infalibilidad? Basta creer en un absurdo; todos los demas vienen detras. Creed con Descartes que la Iglesia es infalible, y podeis dormir á pierna suelta. Unicamente se nos permitirá preguntar al gran filósofo por qué pasó su vida filosofando.

No recordamos estos hechos por rebajar un nombre que se contará siempre entre los más ilustres; si los hacemos constar, es porque ofrecen una grande enseñanza. Un historiador frances dice de Descartes: «Todos procedemos de él, todos somos de su sangre» (3). Vamos á decir en qué sentido esto es cierto. La filosofía moderna no se vanagloria de estar en armonía con el catecismo; ¿cómo, pues, procede de Descartes tan prudente, tan tímido en punto á ortodoxia? Porque á despecho de su prudencia, y á pesar de todas sus protestas, su filosofía es anticristiana; si se hace abstracción de sus intenciones, puede llamársele el jefe de los libres pensadores. Esto es así, porque no puede ser de otro modo. Toda filosofía que merezca semejante nombre, está en oposicion con el cristianismo, porque la filosofía es en esencia el libre pensamiento, y el libre pensamiento no se inspira en el catecismo. ¿Qué importan despues de esto las protestas de Descartes? No sirven más que para poner más en evidencia la hostilidad fatal del cristianismo y de la filosofía.

Descartes escribió al padre Mersenne que ninguna filosofía se armoniza tan bien con la fe católica como la suya. Hasta dice

(1) BAILLET, *Vida de Descartes*, t. I, p. 515.

(2) *Carta de 1640*. (*Obras*, t. VIII, p. 407.)

(3) DAMIRON, *Informe sobre la cuestion del cartesianismo*.

esto del misterio de la Eucaristía, y asegura que su filosofía lo explica perfectamente: «Yo os juro formalmente, dice, que lo creo tal y como lo digo» (1). No cabe, pues, ya duda respecto de la buena fe de Descartes; estaba léjos de sospechar que hasta su buena fe habia de ser un argumento contra el cristianismo. Si ninguna filosofía, en cuanto libre pensamiento, puede hermanarse con la fe cristiana, la de Descartes, ménos que otra alguna, puede conciliarse con un dogma que se funda en lo sobrenatural, sobrenatural que no tiene más fundamento de credibilidad que la tradicion. ¿Cuál es, en efecto, el principio esencial de la filosofía cartesiana? Oigamos á Descartes: «Yo decidí no admitir jamas cosa alguna como verdadera que no la conociese *evidentemente* como tal; es decir, no comprender en mis juicios más que lo que se presentase tan clara y tan distintamente á mi espíritu, que yo no tuviese medio de ponerlo en duda» (2). Hé aquí una atrevida declaracion, digna de un libre pensador; es una declaracion de guerra al cristianismo tradicional y á toda religion revelada. ¿Qué es, en efecto, el principio de la *evidencia* más que la esencia del racionalismo? Falta saber si se puede limitar el racionalismo á la filosofía y excluir la religion; Descartes lo ha creído, y con él ilustres discípulos, como Bossuet y Fenelon: racionalistas cuando filosofaban, se convertian en obedientes creyentes cuando se trataba de la fe. ¿Extraña ilusion, á la cual el siglo XVIII dió un sangriento mentís!

La soberanía de la razon impera en la filosofía; la fe y la tradicion dominan en el cristianismo. Perfectamente; pero ¿cómo conciliar las verdades filosóficas con las creencias religiosas, la fe con la razon? Descartes contesta: «Como una verdad no puede ser contraria á otra, seria una especie de impiedad el enseñar que las verdades descubiertas en la filosofía sean contrarias á las de la fe.» Impiedad, sea enhorabuena; no se trata de saber si la contradiccion entre la razon y la fe es impía, sino si existe. Descartes lo niega: «Yo me atrevo á anticipar, dice, que nuestra religion no nos enseña nada que no pueda explicarse tan fácilmente, y aún

(1) COUSIN, *Fragments filosóficos*, t. II, p. 153.

(2) *Discurso sobre el Método* (*Obras*, t. I, p. 141).

más fácilmente, según mis principios que según los principios comúnmente admitidos.» Descartes añade que ha dado una prueba bastante buena en lo que se refiere á la Eucaristía, en lo cual, de ordinario cuesta *gran trabajo* el armonizar la filosofía con la teología (1). Vamos á ver á qué precio llega el filósofo francés á establecer la armonía entre las verdades de la razón y las pretendidas verdades de la fe. Acaba de escapársele una frase que pinta admirablemente ese trabajo de concordancia; con *gran trabajo*, y con el sudor de su rostro, es como la filosofía, que pretende ser cristiana, llega á alcanzar su patente de ortodoxia; la armonía no es en realidad más que un desafío al buen sentido.

Descartes nos explica cómo se las compone para conciliar la filosofía con la palabra de Dios. Se le dirigieron objeciones sacadas de la Biblia. Bien ó mal tuvo que responder; lo hizo valiéndose de un doble sentido de la Escritura: « Todo el mundo, dice, sabe bien la distinción que hay entre aquellas maneras de hablar de Dios, de que la Escritura se sirve ordinariamente, que están *arregladas* á la capacidad del vulgo y que contienen algunas verdades, pero solamente en lo que se refiere á los hombres, y las que expresan una verdad más sencilla y más pura, que no cambia de naturaleza aún cuando no se refiera á los hombres. » Este es el famoso sistema de *concordancias*, que desempeña un papel tan importante en la historia del racionalismo teológico, y que hoy rechazan los verdaderos ortodoxos, porque abre la puerta al enemigo. Tiende, en efecto, á desechar bajo pretexto de *concordancia* todo cuanto hay en la Escritura que se opone á la razón, lo cual significa que se racionaliza la Escritura; y en ese caso ¿qué es de la fe?

El filósofo tiene el presentimiento de que su interpretación acabará por indisponerle con la ortodoxia; por esto no se encuentra tranquilo, y se apodera de él el mal humor cuando se le llama al terreno de la Biblia, y acaba por declarar que en lo sucesivo no responderá ya á semejantes objeciones (2). No se equivocaba en esto Descartes. Pero ¿á qué queda entonces reducida la evidente

(1) DESCARTES, *Cartas*, t. IX, p. 29.

(2) BOUILLIER, *Historia de la Filosofía cartesiana*, t. I, p. 45.

armonía entre su filosofía y el cristianismo? Si es tan evidente, ¿por qué retroceder cuando se trata de poner esta evidencia en toda su claridad? Porque la evidencia corría el riesgo de volverse contra la religión. Los discípulos de Descartes, que pertenecían á sectas reformadas, fueron menos prudentes que su maestro: uno de ellos quiso probar que la Escritura no era contraria al movimiento de la tierra (1). Pues bien, fundándose en esta misma Escritura, condenó la inquisición la doctrina de Galileo como herética. ¿A quién hemos de creer? Los hombres que atienden á su buen sentido se dijeron que era preciso creer en la razón y abandonar la Biblia; los que á toda costa querían seguir siendo cristianos en el nombre, *arreglaron* tan bien la palabra de Dios á la razón, que los dogmas incomprensibles de la teología se transformaron en verdades filosóficas. Esto era pleno racionalismo.

Descartes, más circunspecto, se atuvo á su principio sobre la armonía de la razón y de la fe sin aventurarse en el escabroso terreno de la aplicación. Tenía un respeto tan grande á la teología, según decía, que no se atrevía á tocarla: « Estando las verdades reveladas por encima de nuestra inteligencia, sería necesario algún auxilio extraordinario del cielo para atreverse á examinarlas. » El respeto raya en ironía. Si es sincero, entonces la filosofía abdica. Hay algunas cuestiones que el filósofo puede abandonar en todo rigor, pero cuando la teología y la moral se encuentran, ¿puede todavía el filósofo decir á la fe: yo te respeto tanto, que no quiero ni aún saber si dices lo contrario de lo que yo pienso? Se instaba á nuestro filósofo á decir su opinión sobre las penas eternas: ¿eran sí ó no conformes con la bondad de Dios? Jamás fué posible obligarle á hablar. Se excusaba, dice su biógrafo, diciendo que era expuesto tratar indignamente verdades de revelación, cuando se trataba de demostrarlas ó de afirmarlas por razones puramente humanas (2). Hace sospechar que temía también alguna otra cosa; tan en oposición con el dogma católico está su doctrina.

Un discípulo entusiasta de Descartes dice que su filosofía es la

(1) WITTICHIUS (BOUILLIER, *Historia de la Filosofía cartesiana*, t. I, p. 273).

(2) BAILLET, *Vida de Descartes*, t. II, p. 509.

reivindicación más enérgica de la individualidad y de la libertad del pensamiento: «Rompe con todo, dice Bordas-Desmoulins, no se funda más que en sí mismo de una manera soberana. Sus críticos le hablaban de autoridades. ¡Autoridades, exclama, autoridades á mí, que ignoro hasta si hay hombres!» (1). «El precepto de no ceder más que á la evidencia, añade M. Cousin, es un precepto de libertad, emancipa al espíritu humano, y el que primero lo ha proclamado ha podido ser llamado con justicia el libertador de la razón humana» (2). Estamos conformes con estos elogios; pero preguntamos si el espíritu del hombre puede ser emancipado en una tercera ó cuarta parte. ¿Emancipado por la razón y esclavo por la fe? ¿Rechazará toda clase de autoridad como filósofo, hasta el punto de desconocer si hay autoridades, y se someterá como creyente á la más despótica de todas las autoridades, á la tiranía encarnada en la Iglesia? Esto es imposible; y si ha sido así para Descartes, no se comprende más que como una inconsecuencia extrema. Lógicamente es inconcebible. M. Cousin confiesa que la evidencia de Descartes es por sí misma toda su garantía; confiesa que hace caer de un solo golpe todas las autoridades, cualesquiera que sean, lo mismo dominaciones temporales que dominaciones religiosas, por más que estén consagradas por la veneración de los siglos. ¿Cómo conciliar esta libertad excesiva con una servidumbre igualmente excesiva? ¿Puede el hombre fraccionarse así, dar una parte de su alma, atada de piés y manos, á la Iglesia, y ser, sin embargo, libre en lo demás?

Dejemos aquí estas vanas distinciones, y confesemos que el principio de la evidencia de Descartes conduce lógicamente al racionalismo en teología. Los verdaderos católicos y los verdaderos protestantes están hoy de acuerdo en este punto. Un defensor del catolicismo hace notar con mucha razón que el carácter que constituye la esencia del dogma católico es el principio de autoridad; añade que en todo el sistema filosófico de Descartes ha buscado en vano una palabra en favor de la autoridad (3). Es imposible

(1) BORDAS-DESMOULINS, *El Cartesianismo*, t. I, p. 28.

(2) COUSIN, *Filosofía de Descartes (Diario de los Sabios*, 1860, p. 723).

(3) LAFORET, en la *Revista Católica*, 1846, p. 510.

que haya un átomo de principio de autoridad en Descartes, puesto que el fundamento de su filosofía es su negación. Por lo tanto estamos fuera de la Iglesia católica, y bogamos á toda vela hácia la Reforma. La evidencia es esencialmente la convicción del individuo: es la fórmula filosófica del protestantismo, dice un filósofo alemán (1). Ahora bien: quien dice protestantismo, dice racionalismo en el terreno de la religión; y en ese caso, ¿qué queda, no ya del dogma católico, sino de las creencias cristianas? ¿En qué se convierte la revelación milagrosa cuando se la somete al juicio de la razón? En una ilusión ó una superchería. ¿En qué los misterios? En una cosa sin sentido ó en una mentira. ¿En qué los dogmas, la caída, la redención, la gracia, sin los cuales no hay cristianismo? Los admiradores de Descartes convienen en que no hay ni una sola palabra en sus escritos filosóficos que revele que sea católico, ni aún cristiano (2); un pagano hubiera podido firmarlos lo mismo que un discípulo de Cristo. El filósofo del siglo XVII ignora, lo mismo que los filósofos de Atenas y de Roma, que la razón del hombre se haya debilitado por el pecado original. ¿Qué hay, pues, en él de cristiano? No queda más que una profesión de fe. Descartes se llama cristiano, y debemos creerle; pero podríamos preguntarle si está bien seguro de lo que dice. Escapábansele por acá y por acullá frases que prueban que, si tenía fe, por lo ménos no era muy viva: «Aunque la religión, dice, nos enseña muchas cosas referentes al estado de la otra vida, yo reconozco, sin embargo, en mí una debilidad que me es común, segun creo, con la mayor parte de los hombres. Consiste en que, aún cuando *queramos creer* y aún cuando *pensemos creer* muy firmemente todo lo que la religión nos ha enseñado, no tenemos, sin embargo, la costumbre de quedar tan convencidos de las cosas que *solamente la fe nos enseña*, y á las cuales no puede alcanzar nuestra razón, como de aquellas que nos son demostradas con razones naturales muy evidentes.» ¿Es esta la fe que mueve las montañas, la fe de los padres de la Iglesia, que creen los dogmas

(1) ERDMAN, *Geschichte der neueren Philosophie*, t. I, p. 269.

(2) FEUERBACH, *Geschichte der leibnizischen Philosophie*, p. 194. — BORDAS-DESMOULIN, *El Cartesianismo*, t. I, p. 189.

porque son absurdos? ¿O es una fe superficial y que comienza á vacilar? Descártes se halla muy cerca de aquellos que *quieren creer* y ya no pueden; *piensa* todavía que *cree* por una ilusion que conserva de la *religion de su nodriza*.

II.

No se engañan los ortodoxos. Descártes, que creia que su filosofía se armonizaba tan maravillosamente con el cristianismo, ha sido rechazado por todas las confesiones. «Gracias á Dios, dice el irónico Bayle, estamos todos conformes, católicos y reformados, en lo que se refiere al ódio al cartesianismo. Es esta una secta que excomulgan lo mismo los protestantes que los frailes» (1). La palabra *odio* no es demasiado fuerte, y es un odio teológico, es decir, el bello ideal en punto á odios. Estas almas tan amorosas, si hemos de dar crédito á sus palabras, demuestran su caridad odiando. Descártes fué el primero entre los filósofos modernos que dió una demostracion filosófica de la existencia de Dios. Veremos á un doctor católico, al severo Arnoldo, ensalzarle por este trabajo, en el que veía la mano de la Providencia para confundir á los ateos. No veía con claridad: un teólogo reformado, Gilberto Voët, probó de como aquella demostracion de la existencia de Dios no era más que un ateísmo disfrazado. Aquel digno ungido del Señor suscitó contra el filósofo frances todos aquellos que tenían sangre calvinista en sus venas. Los sínodos condenaron á porfía el cartesianismo. Uno decretó lo que ya habia decretado en el siglo XVI un concilio católico, que la filosofía no tenía nada que ver con la teología, y prohibió á los teólogos el emplear en sus escritos ó en sus lecciones los razonamientos de Descártes. Otro decidió que no se confriera ninguna dignidad eclesiástica, ni aún una cátedra de universidad, á los que profesaran el cartesianismo. Este desbordamiento de odio era una especie de caridad; se previno á las familias, so pena de su condenacion eter-

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras*, Junio, 1864 (*Obras*, t. I, p. 81).

na, que no enviasen sus hijos á las escuelas en que se enseñase la filosofía de Descártes, filosofía infecta de materialismo y de ateísmo (1).

Pasemos al campo contrario. Los jesuitas reinaban en la enseñanza, reinaban sobre la conciencia de los reyes. En vano se habia humillado Descártes hasta implorar la proteccion de la omnipotente Compañía; los reverendos padres fueron inexorables. Leibnitz escribió á Arnoldo que no creian en las protestas del filósofo frances, que no veian en ellas más que disimulo ocasionado por la necesidad de su posicion; que despues de todo, las palabras eran contrarias á los hechos, puesto que la filosofía cartesiana era incompatible con el cristianismo (2). Sufrió una persecucion en regla. Los jesuitas obligaron á la sagrada congregacion del Indice á prohibir la lectura de las obras de Descártes. Agitaron la universidad de París. El parlamento, siempre hostil á las novedades, estaba pronto á decidirse contra la nueva filosofía, cuando Boileau publicó su *Sentencia burlesca*, y evitó con aquel chiste una vergüenza á la magistratura francesa. Este fracaso no desanimó á los padres; se dirigieron al rey y obtuvieron un decreto del Consejo que prohibió la enseñanza de la filosofía de Descártes en la Universidad de París (3). Descártes halló un partidario en el seno de la Compañía; sabidas son las persecuciones de que fué víctima el pobre padre Andres. Hé aquí una curiosa carta que le dirigió un miembro influyente de la Orden; en ella vemos hasta dónde llegaba el odio del nombre de Descártes en el seno de una sociedad que tenía la pretension de amar la ciencia. «La verdad es que esta doctrina es en todo lo esencial opuesta á la buena teología, y aún á varios artículos de la fe. Ya sabeis que ha sido reprobada en Roma. No podeis ignorar que el general y los superiores la prohíben, que la Compañía pretende, no solamente que no se la apruebe, sino aún que se la combata, como se combatia la de Calvino ántes del concilio... Comprended, querido padre, que decir que le estimais es como decir: yo estimo á Calvino» (4).

(1) BOUILLIER, *Historia de la Filosofía cartesiana*, t. I, p. 268.

(2) *Briefwechsel zwischen Leibnitz und Arnauld*, p. 139.

(3) COUSIN, *Fragmentos*, t. II, p. 174 y sig.

(4) *Obras del padre ANDRES*, *Introduccion de COUSIN*, p. 88.